



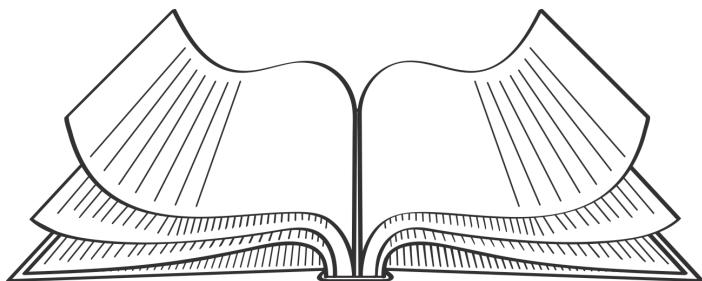
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

OCTUBRE-DICIEMBRE
2016



No. 5



PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO

porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Arabesques en la cornisa	6
Ekforá	7
El poema está aquí	9
Temporada	10
II. La media luna	11
Ars poética	12
Una abertura en el cielo	14

FIRMAS

La extravagancia de San Ambrosio CECILIA DURÁN MENA	16
Cacería RICARDO BERNAL	20
Achaques MARÍA ELENA SARMIENTO	24

Hablando de Niebla
ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ 26

Empolvada
ANDREA FISCHER 29

Oportunidad
MARÍA ELENA SARMIENTO 31

¡Pobre Julia Pastrana!
CECILIA DURÁN MENA 32

IMAGINARIO 38

VOCES

Dos ríos 48

Prosa poética 50

Visitas 52

Ayotzinapa 54

Estela Canto: El otoño se ha fugado de nuevo 55

En un bar 57

Tres partes 59

Cera 60

HABLANDO POR ESCRITO

Perseveramos en la intención de atrapar lectores para no dejarlos ir. Mostramos líneas que, como dijera Octavio Paz, son lianas de letras que tendemos a aquellos que quieren quedarse enredados entre los garfios de vocales y anzuelos de consonantes. Insistimos en inocular el germen de la lectura y una vez heridos por el piquete de las letras, queden prendados y no quieran abandonarnos jamás.

Buscamos ser esos veleros que vuelan sobre los rieles de velas hinchadas por el aire suave para fijarlos en la mente obnubilada de un lector que surca torbellinos. Invocamos presencias tejidas entre los signos de puntuación y escondidas en el significado de las palabras. Planteamos reflejos en los que se encuentran rostros: unos tan distintos, otros tan iguales a los nuestros. Dibujamos sentimientos parecidos y diversos, tan distantes como los metros que nos separan y tan próximos como la concordancia de nuestros pensamientos.

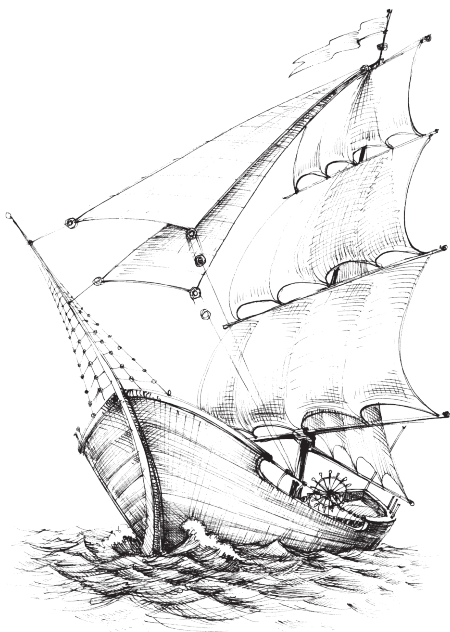
Escudriñamos los ecos en los que resuena el canto del grillo y, apenas dejamos por escrito esas palabras que en realidad son signos que pueden evaporarse, se convierten en sonido de amplio espectro que devienen en cascadas de significados. Son esas enredaderas que tienden del árbol de la mente y llegan a la maleza que se ilumina en un pensamiento.

Seguimos tendiendo las redes para que la realidad más allá de la mente se funda y encuentre cabida en el camino que corre de tus ojos a la imaginación. Con ese propósito, ponemos el número cinco de Pretextos literarios por escrito. Jugamos con en esa simbología ancestral del papel capital que juega el 5, con esas voces que confirman que todo lo que ha sido sembrado, madura al quinto ciclo. Dicen que el día cinco reaparecen los espíritus en forma de luciérnagas luminiscentes que extienden sus alas, listas para volar.

El cinco es la cifra fausta para el islam, es el pentagrama de los sentidos, es el día que el Génesis marca para la aparición de la fauna terrena, aves y peces, son las claves coránicas del misterio y los dedos de la mano. Es el signo Jen del chino en el que representa al hombre con brazos y piernas extendidos y el corazón en el centro. Es la manifestación de vida en la tradición maya y, desde luego, nuestra propuesta de que te quedes entre nosotros y vengas a leer.

Este número cinco nos confirma que vamos perseverando en esa intención de atrapar lectores y no dejarlos ir.

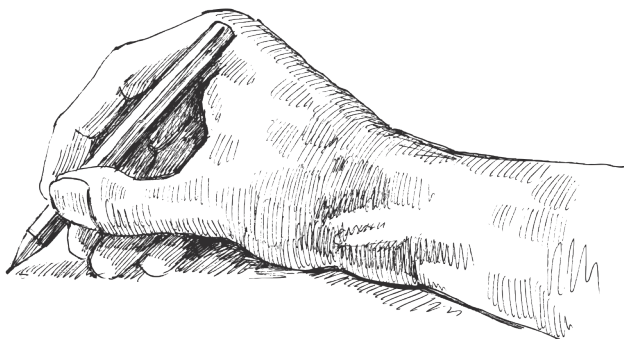
La Editora General



ARABESQUES EN LA CORNISA

DE ELIZABETH LARRAÑAGA

Toque de queda, y los fantasmas transitan el puente.
Miro el ombligo de los gigantes,
la sonrisa oblicua de las madres,
los ausentes, casi todos,
mientras un niño forma ilusiones de las armas.
“Corta la mortadela, suave y redonda, hazla en taco”, dice alguien,
y recuerdo la frase absurda: “eres mi todo”, una vez más;
imagino una lagartija llorona, calentadora de huevos,
que alarga sus dedos para tocar un retrato, y casi alzo mi mano.



EKFORÁ

DE ANGEL ARAGÓN

infinitas manos inasibles
hacen cenotafios lastimando luces

les precede la tristeza
cósmica de golondrinas tatemadas
como cráneos estallando en cabecitas
que se estrellan contra un plomo
de cuyos añicos nos llenamos lagrimales
para no flotar al hundirse los pescados
en la sórdida raíz del frío

pensativo ahogado absorto
de mar y cielo que escribe
poemas azules
con sogas de lirio al cuello

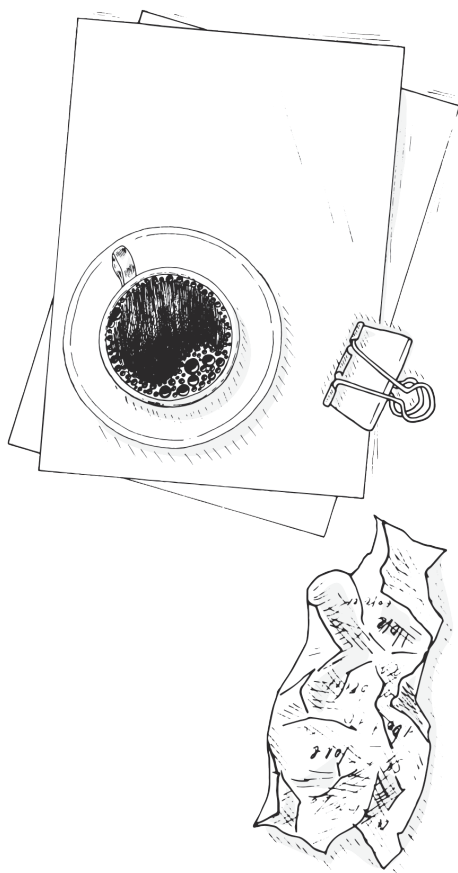
que muere
que deja solos
que apaga la eterna lámpara
que alumbra Guernica
garganta profunda de la noche
eléctrica de hilo y de vía láctea
que envuelve un río
de escamas marchitas
como mariposas secas
de niña bonita comiendo ceniza
almas que entretejen el cableado
sobre el que dos pajaritos
hacen el amor como ángeles
de
exilio

arena rota en estúpidos cristales ocres
labios llorando coros de polvo de mármol
muerto en mares de vísceras de lunas
y palomas
diciendo suavemente
la muerte es un exilio
han matado con mis manos
ochocientos corazones
enterrando dientes de fantasmas
en sus invisibles paladares
como lápidas de carne
que respiran
que se acaban
que pelean el monopolio de la noche
infinitas procesiones funerarias
que fracasan fríamente en el olvido
diciendo finalmente
la muerte es un fracaso es un cadáver
y tan sólo suspirando así tan solos
se silencia el grito enmarañado
colgando siempre de las saturadas voces
la lenta lobotomía latente de las lágrimas
lajando el alabastro frágil y lejano
de un difunto y lánguido
aleluya

EL POEMA ESTÁ AQUÍ

DE YAMIL NARCHI SADEK

El poema está aquí:
en algún lugar de la hoja,
lejos de lo que escribo.



TEMPORADA

DE YAMIL NARCHI SADEK

caen
secas
rojas
pardas
mis venas
caen
adentro
al charco
de llanto
y orina
tengo
en la parte
más baja
de mí
una composta
para
germinar
ahora quisiera encontrar mi tierra

II. LA MEDIA LUNA.

DE HÉCTOR ÁVILA CERVANTES

TOLUCA

Una libélula es cabalgada al fragor
de la profunda oscuridad, eclipse.
El diablo a rienda suelta la conduce,
la sumerge en oquedades repletas de luz.
Trazan líneas que se fugan en espacios,
rayas cruzadas, heridas muy profundas,
una madeja de estambre lumínico
anuncia la temporada de cosecha.
Se internan en el maizal, cruje la noche,
crepitar cobrizo que funde la luz y
la opacidad en un vuelo repentino,
el oro resurge, aleación sempiterna.
El caballito del diablo batiéndose
en mortal combate contra la oscuridad,
consigue al fin devanar las trazas para
regar con luz la milpa, granos de lluvia.



ARS POÉTICA

— VALDEMAR RAMÍREZ LOAEAZ —

¿Verdad que son radiantes?
¿Verdad que florecen sobre la pez del cielo,
por un instante y se te antoja
que atraerán a la faunesa desde el caos?

Polillas enloquecidas por obra del aroma,
intentando copular con el fuego a toda costa,
ciegas, temblorosas
como una lengua de mujer
que ha cedido al mandato de su sangre,
cuando contempla con los labios entreabiertos
el rastro que dejó
la gota altanera del deseo
sobre esa piel de espejo,
más afirmación que pensamiento.

¿No es verdad
que suenan cruciflores,
brotando en esa voz tuya que te hechiza,
-alegría del Asno de los Jarros
cuando vio que el musgo nacía de su vaho
y todo lo inundaba,
enmudeciendo a los mismísimos doctores?

Escúchate.
Oye en tus brasas el fragor de un grillo topo
rompiendo los engranes,
escarbando entre muslos de mármol.
Dormiste soñando con retablos de máscaras
y la luz esculpió tu aliento
con pinceles de desvelo,

y ahora te libras a consignar
enumeraciones de elementos
que emulan una nube de vándalos.

¡Qué agilidad!
¡Cuántos modos elegantes y soberbios
de informar, hinchando el pecho y los carrillos:

“Soy un pendejo
enamorado de mi propia voz.
¡Enamórense también ustedes!
Deslizaré por ahí,
de vez en cando,
una palabra de azufre y de cavernas,
de saliva y sudores,
de cenizas
gemidos, dentelladas
y choques de la carne rosa.

¡Uuuy, el diablo!
Me gusta piropear a los cadáveres
y escandalizar describiendo lo prohibido [...]”

Pero no.

Yo prefiero el carbón y su potencia,
no me inmuta el grito de la pólvora
salpicando las bocas de los comensales.
La pirotecnia no es digna mi altar.

V. UNA ABERTURA EN EL CIELO

DE HÉCTOR ÁVILA CERVANTES

MONTERREY

En la callada penumbra silla azul
se desparraman sus níveos contornos,
y se elevan en sus puntas designios celestes,
negro perpetuo domina el horizonte.

Desde lo más profundo una abertura
se hace presente, registro gravísimo,
hendidura sobre el ébano de carbón
permite el asomo, lágrima fulgente.

Pirámides que se yerguen en el sinfin
con la ligereza de un polvo en el viento,
cual hoja que se hunde en el pantano
y un cocodrilo atrapa a su presa.

Ahora un jinete cabalga ensillado
sobre el cerro do apunta la esfera su albor,
así recorren los pasos de bestias
indómitas que pisotearon el silencio.

¡ANÚNCIATE POR ESCRITO!

ESTE
PUEDE SER
TU ESPACIO

Contáctanos:
contacto@porescrito.org

LA EXTRAVAGANCIA DE SAN AMBROSIO

DE CECILIA DURÁN MENA

Imagina que tienes la capacidad de convocar fantasmas y materializarlos frente a ti. ¿A quién llamarías? Antes de que eleves las cejas o sientas que la piel se pone de gallina, déjame convencerte de que hablar con espíritus es delicioso. No tiene nada de terrorífico, no es cosa de sustos, es más, te garantizo que es un acto gozoso. Te lo digo por experiencia, lo hago frecuentemente y aunque no todas son exultantes, siempre valen la pena. Incluso, me atrevo a confesarte: se vuelve una adicción. Llega un momento en que el cerebro requiere esa dosis diaria para trabajar en forma óptima. No creas que los convocados tienen que venir de ultratumba, algunos espíritus habitan cuerpos que siguen vivos y tirando para adelante. Por lo general, lo hago en silencio. En privado. Sin embargo, cuando se hace en grupo, el ritual invocatorio potencia el disfrute.

Hace unos días, cité a los espectros de Jorge Luis Borges, de Ovidio y de Apolodro para hablar de La Casa de Asterión. La voz le ganó al silencio y el ritual de la lectura empezó a iluminar los rostros de quienes participamos en la ceremonia. Los ojos se deslizaban sobre los renglones escritos pero la lengua y la voz tomaron el papel propiciatorio que dio paso a que las presencias se manifestaran. La articulación era naturalmente cuidada, los ritmos y los tonos encendían las ideas que brotaron de la pluma que a su vez leyó e interpretó lo que escribió para nosotros. Las cuerdas bucales vibraban al compás de los corazones y las mentes estaban atentas a la misma imagen del Asterión jugando en el laberinto que le construyó Dédalo.

Las huellas del efecto oral conectaban oreja, laringe y lengua con ese sector del cerebro de donde emergen las imágenes y nacen los sentimientos. Los convocantes que participábamos entusiasmados en el ritual, percibíamos dentro del hueco del pecho la repercusión

fonética de las secuencias de grafemas. Los ritmos y modulaciones nos llevaban a interiorizar aquello que Borges nos mostraba a través de la leyenda del Minotauro que le contaron Apolondro y Ovidio. El silbido rítmico al que se le imprime la intención impuesta por la coma, el punto y seguido o el punto final van imprimiendo una luz que matiza el entendimiento y se abre a la idea que se está expresando. No sólo vimos al monstruo que es mitad hombre, mitad toro, sino que participamos de su soledad y compartimos la ilusión de saber que llegaría un redentor a salvarlo del castigo. Borges entre nosotros.

Según San Agustín, la extravagancia de leer sin pronunciar palabras se la debemos a San Ambrosio, quien por seguir la regla de San Benito que instruía leer en las celdas sin molestar a los demás compañeros, descubrió que era mejor leer en silencio que leer bajito. Así comienza el camino de la lectura íntima. Entre la Edad Media y El Siglo de Oro se empieza a propagar la costumbre de recoger las palabras leídas y guardarlas para uno mismo. No obstante, leer en silencio no era tan popular ni tan bien visto. Fray Antonio de Guevara en 1526 escribió: “En la escritura se ceban los ojos y en la lectura se les levanta el caparazón. Propiedad es de las divinas letras que leyéndose —en silencio— se dejen de entender y oyéndose se dejen gustar”. La costumbre ambrosiana ganó adeptos y la lectura en voz alta empezó a relegarse hasta quedar casi en el olvido.

Para San Jerónimo “La palabra pronunciada excede a la escrita. Cierto es que más conmueve la palabra dicha, aunque esté mal pronunciada, que la que se escucha con meneos en la articulación.” Un Cervantes conciliador pone a Don Quijote a leer tanto en voz alta como en silencio. “Leído para sí y viendo que la podía leer en voz alta, para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera” (II. 52:436); “Leyó el cura para sí tres o cuatro renglones y dijo: me viene en voluntad lellela toda. Había tomado Cardenio la novela y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó la leyese de forma que todos pudieran escucharla” (I. 32:392-393)

Pero Alfonso Reyes, en *Los niveles de lecturas*, dice “en

cualquier caso, la lectura no es nunca totalmente silenciosa. Aunque sólo se lea con los ojos, se percibe interiormente una repercusión fonética, ... existe una verbalización interna que convierte la lectura en sonido hablado o imaginado.” Sí. Las huellas de lo oral están impresas en los labios que se mueven en silencio cuando alguien va leyendo. No obstante, no nos damos cuenta, hemos disociado la lectura con la marca sonora en el plano consiente, pero persiste esa seña de agua que quedó impresa en la mente colectiva de los lectores a lo largo de la Historia.

Así, convocar espíritus no es un acto de brujería, aunque tiene efectos hechizantes. Es verdad, no todos los espíritus pueden ser convocados, necesitan el salvoconducto de un objeto artístico. Evocamos a través de las notas, apreciamos a través de los colores y las pinceladas, habitamos en un espacio arquitectónico, dialogamos con un texto. La maravilla de hacerlo a través de la palabra es que al pasar la vista por los renglones podemos darnos cuenta de las texturas, percibir olores, escuchar sonidos, degustar sabores y ver paisajes.

El espectro del escritor, vivo o muerto, nos toma de la mano y nos lleva a contemplar pasando por el filtro de sus ojos, nos transmite la emoción regente que lo llevó a tomar la pluma y nos introduce en el universo particular que ideó para nosotros. Sin Zugarramurdis ni Aquelarres con la simpleza del rito que hay al tomar un texto y convocar al unir palabras, en este mismo instante nos rodean Ambrosio, Agustín, Apolodro, Benito, Borges, Cervantes, Guevara, Jerónimo, Ovidio, Reyes a los que les importó muy poco que estuvieran separados por territorios y tiempos distintos. Acudieron generosos a hacernos compañía y, aquí estamos tú y yo, sea con la extravagancia de Ambrosio o sea a voz en cuello, sea como sea, conviviendo con los espíritus que se convocan a través de la lectura. Es delicioso, ¿no?



ASISTE A NUESTRO TALLER DE LECTURA

Los últimos
jueves de mes
de 19:00 a 20:30 horas

**Centenario No. 66,
Col. Del Carmen,
Coyoacán.**

Para inscripciones y/o
mayor información:
info@poescrito.org

CACERÍA

DE RICARDO BERNAL

LA ISLA

El sudoroso cazador va tropezando con las piedras, se detiene, toma aliento, sigue andando. Arriba, entre las ramas de secoyas milenarias y palmeras azules, la aureola boreal es una monstruosa acuarela salpicada de tintas violetas. El cazador llega a una bifurcación, sin pensarlo dos veces continúa por la vereda que sube, recuerda las palabras del viejo moribundo: cuando llegues a la isla busca el centro, la casona está arriba, en un claro, nunca dejes de subir. A lo lejos se escucha el rumor del tiempo que pasa; más cerca, cantar de sapos, chicharras, vocecitas de animales pequeños y angustiados. El cazador se llama Equis, se ve muy viejo para sus cuarenta años, su cara es una telaraña y sus ojos de topo saben mirar por detrás de las cosas: es especialista en armas blancas, ballestas, cuerdas y mapas, dardos. Usa un vapuleado sombrero, jorongo, y en sus botas se acumula el lodo de tres continentes. El cazador llega a una loma calva: en la punta se alza la casona como una verruga de donde brotan dedos que son torres que son cohetes erectos listos para despegar y abandonar esta tierra. El cazador voltea hacia arriba, la luna es una ventana que permite mirar las cosas extrañas que suceden más allá del firmamento.

LABERINTOS

La casona es un laberinto: cada galería, cada puerta, cada lóbrego corredor fueron planeados para que quien consiga entrar, sienta de inmediato la urgencia de salir y alejarse de ahí para siempre. Aquellos pocos que a lo largo de los años han logrado encontrar la salida, creyeron que el acertijo había sido resuelto, que al escapar vivos habían derrotado al misterioso arquitecto inventor de la trampa. Pero en realidad el laberinto superior es una máscara,

su objetivo es ocultar el otro laberinto: el subterráneo, de pocos pasillos y pocas puertas, pero del que nadie escapó jamás. En el corazón de este segundo laberinto, una pequeña trampa oculta debajo de un tapete da paso a un sótano de aguas fermentadas y celdas roídas por la sal. En una de las celdas, alguien habla.

LA VOZ

Mi celda es enorme y no recuerdo cómo es la luna. Devoro lo que encuentro: golosas sanguijuelas infladas que al reventar entre los dientes saben a mi propia sangre; ratas esqueléticas y ciegas que chillan como almas en pena; avispas de ultratumba; piedras reblandecidas por el moho... De vez en cuando, algún ciempiés gigantesco, brillante intestino que sólo muere cuando mis jugos gástricos lo ahogan. Yo puedo ver en la oscuridad: si enfoco los ojos, un rumor verde hace vibrar los muros y en las celdas vecinas los huesos resplandecen como sonrisas del infierno. Conozco lo que hay detrás de cada puerta, aunque la puerta gastada que está al final del último pasillo sólo la he cruzado una vez... Nunca olvidaré lo que ví: las cuatro paredes de aquella habitación estaban llenas de máscaras. Fuera del espacio ocupado por la puerta todo era máscaras tapizando cada centímetro de los muros; máscaras pequeñas y viscosas como fetos fosforescentes que duermen desde el inicio del tiempo. Y en lo alto, una imagen divina: la enorme máscara solar con mi rostro y mis cuernos, con mis barbas chorreantes de sangre, con mis ojos saltones que pueden ver en la oscuridad. Desde entonces, cada noche sueño con esa habitación donde sé que se esconde un secreto. Una vez, las voces del sueño me revelaron que detrás de cada máscara hay un rostro de carne y hueso.

LA MÁSCARA

La máscara solar es la madre de todas las máscaras. Dicen que fue robada del Hades por el misterioso constructor de los laberintos quien de inmediato huyó a la isla secreta que no aparece en ningún

mapa. La máscara, de tonos amarillos y rojos, lanza un resplandor naranja que iluminan la soledad de las otras diez mil máscaras, las pequeñísimas e insignificantes: querubines deformes que aguardan en silencio a que el silencio se rompa. La máscara solar está congelada en un rictus mesiánico de quijadas feroces y músculos tensos; las barbas chorreantes y sanguinolentas se extienden hacia abajo como los tentáculos de una medusa y luego se pierden en las oscuridades del cuarto. Arriba, coronándola, los dos cuernos se esfuerzan por contradecirse en torsiones marfilinas para luego juntar las afiladísimas puntas en un beso núbil. Pero si hay algo que distingue a esta máscara, son los ojos: dos ojos a borbotones que cruzan los orificios de calavera y penetran hipnotizantes en el alma de todo aquello que miran...

LA TORMENTA

Cae la tormenta: las paredes de la casona se desgajan hacia los charcos, se desmoronan en lodos mórbidos y burbujeantes que recuerdan olvidadas eras geológicas de trilobites morados y cielos color turquesa. Los dos laberintos se funden en una sola cosa, pegoste de alquitrán, pegoste de moléculas machacadas por el odio.

EL CAZADOR

Cuando gritan los primeros pelícanos, la isla es una bruma: el océano que la ciñe devora playas y malezas conforme avanza el amanecer. En la última playa, las máscaras pequeñas forman un círculo perfecto: pero están muertas, ya no brillan, ya los rostros que ocultaban se han desvanecido entre las arenas insaciables. En medio del círculo yace el cadáver del cazador: nadie le cerró los ojos azorados que ahora brillan detrás de la enorme máscara solar de cuernos retorcidos y barbas desparramadas entre charcos de sangre negra. A lo lejos, en el horizonte, se aleja un barco tripulado por nadie: en uno de sus camarotes, alguien habla...

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

ACHAQUES

DE MARÍA ELENA SARMIENTO

Hay rencores absurdos que duran toda la vida. Mi tía y yo nos habíamos distanciado por algo así y, aunque yo le hablaba por teléfono una vez al año, teníamos por lo menos una década de no vernos cuando me llegó una maleta a mi casa.

—Se la heredó la señora Aniceta Ojeda —me confesó el hombre trajeado que hizo la entrega—. Me dejó órdenes de traérsela tan pronto ella hubiese fallecido. Aquí la tiene.

Sin más, la depositó en el umbral, se subió a su coche y desapareció de mi vista.

Yo subí la maleta a la mesa de la cocina. Pegada con cinta adhesiva, traía una nota escrita con letra temblorosa:

No pude deshacerme de él en vida. A ver si es cierto que tú eres mejor que yo.

¿Qué clase de mensaje era ése? Sólo mi tía podía pensar en semejantes payasadas. Abrí la caja y un hombrecito de grandes ojos salió saltando fuera de ella.

—¿Te querías deshacer de mí? —chilló.

—¿Yo? Ni te conozco —fue mi primera reacción. Al darme cuenta de que estaba hablando con un hombre que no debía de medir más de 50 centímetros, me quedé maravillada, mirándolo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

El duende (no sé de qué otra forma llamarlo) brincó a la estufa y metió la mano en la olla de la sopa que estaba cocinando. Acto seguido, saltó al piso y se fue a recorrer la casa.

Yo lo seguí. Al cabo de un tiempo de su silencio ante mis preguntas infinitas, regresé a seguir haciendo la comida.

Así dio inicio mi tortura. Mi marido, mis hijos y yo nos enfermamos del estómago. Terminamos en el hospital, internados.

Yo intenté explicarles que el hombrecito había contaminado los alimentos, pero ellos estuvieron seguros de que había sido mi culpa.

—¿Hombrecito? —me miraban como si yo estuviera loca.

Tres días después, regresamos a casa. El duende había hecho de las suyas, como si un huracán hubiera destrozado todo.

—¿Qué hiciste, mamá? —me reprochó mi hija mayor y no se quedó a escuchar mis explicaciones sobre la existencia de un pequeño malvado en nuestras vidas.

—¿Te querías deshacer de mí? —me dijo él tan pronto me vio.

Yo traté de darle una patada. Mi pie chocó contra la pared y me rompí el tobillo.

Para no hacerles el cuento largo, en los últimos seis meses he entrado y salido de hospitales y médicos prácticamente diario, hasta que la familia tomó la decisión de internarme en un manicomio. Aquí vivo casi tranquila. Sólo tengo que mantenerme alejada de cualquier maleta que me parezca sospechosa. Todas lo son.



HABLANDO DE NIEBLA

DE ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ

I

Don Miguel de Unamuno nació en 1864, 152 años atrás. Hace poco más de un siglo, en 1914, publicó una de sus novelas emblemáticas, *Niebla*, en Madrid, bajo el sello de Editorial Renacimiento. La ocurrencia central de la obra consiste en dotar a su protagonista no solo de una extraña y casi póstuma conciencia de ser un ente de ficción (trasunto cervantino, como ocurre en mucho de lo que escribió Unamuno), sino asimismo de una voluntad de interpelación que lo lleva a discutir con su creador, al final de la novela, acerca de quién es el progenitor de quién: si el novelista de Augusto Pérez, como sería natural, o este de aquel, en un célebre retruécano ontológico menos novedoso que afamado.

El escritor bilbaíno fue un polígrafo desigual. Su poesía ha envejecido tanto como su teatro; sus textos filosóficos no alcanzan a cifrar un mundo propio, aunque los anima cierta originalidad en la discusión de asuntos religiosos y metafísicos; los trabajos literarios que diseminó lo mismo en publicaciones periódicas que en forma de libro han corrido mejor suerte porque Unamuno tenía pasta de ensayista, dada su proteica versatilidad argumentativa; sus novelas también han sobrevivido con alguna dignidad, aunque la pertenencia a la célebre, coyuntural Generación del 98, y su labor pública (como legislador del Congreso y rector, en tres períodos distintos, de la Universidad de Salamanca) son las instancias que lo han reputado como uno de los escritores españoles más reconocibles del siglo anterior.

Su espíritu de polemista no se corresponde con la zalamera suavidad de su prosa, por el lado estilístico, ni sus ideas seducen

plenamente al apelar, con frecuencia, al mero capricho: en su *Vida de don Quijote y Sancho*, por ejemplo, comenta con precisión, capítulo a capítulo, la obra de Cervantes, pero no tiene paciencia con las historias interpoladas ni con el célebre escrutinio de la biblioteca del protagonista ni con pasajes que considera impropios de lo que él califica de “sublime” en la célebre novela, vale decir, la desinteresada disposición de don Quijote para llevar hasta sus últimas consecuencias el ideal de justicia que guía su naturaleza. Es impermeable también al ambivalente humor cervantino y participa de la especie, ya bastante desleída, de que la novela es mucho mejor que su autor, en quien solo podría reconocerse el mediocre mérito de haber dado pie a que su creación lo rebasara. Por ello se decía quijotista, antes que cervantista.

Como narrador, Unamuno recurre lo mismo a temas bíblicos (Abel Sánchez) y religiosos (San Manuel Bueno, mártir) que a asuntos filosóficos (Amor y pedagogía) o sentimentales, como en *La tía Tula*, donde el afán de maternidad de la protagonista entra en oposición con su desdén de los hombres, enjuagado todo ello en la moral implacable de la más prejuiciosa catolicidad. La novela centenaria aludida líneas arriba, en cambio, intenta desazolvar los límites de la lógica narrativa con resultados ambiguos, pues aun hoy en día resulta refrescante la perseverancia del personaje en el cuestionamiento, así sea tardío, de su vida ficticia, pero es asimismo evidente que el discurso de Unamuno-personaje traduce, en buena medida, la inveterada inflexibilidad mental del propio autor.

II

Niebla, en primer lugar, se define desde dentro y desde fuera como una “nivola”, antes que como novela, bajo el contencioso argumento de Víctor Goti, amigo del protagonista que, en sus ratos de ocio, se dedica a escribir una obra representativa de este nuevo modelo narrativo: “Invento un género e inventarlo no es más que darle un nombre nuevo”. Lo que podría haber sido motivo de una

más rica discusión en términos de la actividad creativa misma, se resuelve a veces con tan fatigosa fatuidad, con una sintaxis así de trasnochada en su retórica de rasgos románticos (y ya sabemos que el romanticismo hispánico tendía con ejemplar consistencia al melodrama), que no pocas veces el lector moderno siente que el gato de esta feliz agudeza, inmerso en el más genuino espíritu lúdico propio de las vanguardias, se le vuelve liebre desangelada dada la forma como su complejidad se simplifica: “Todo esto que me pasa y que les pasa a los que me rodean, ¿es realidad o es ficción? ¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea que se desvanecerá en cuanto Él despierte y por eso le rezamos?”

Hay pues, en la novela, lo mismo desplantes amenos e inusitados que acartonamientos inverosímiles que dan al traste con la apuesta por la fecundidad de la invención. El personaje del tío Fermín, en efecto, es una caricatura plana del anarquista que transforma en paradójica parodia su precario credo político. La breve historia, interpolada a la manera cervantina, del erudito Paparrigópulos, es un antojo veleidoso e inmotivado cuya presencia sería muy difícil justificar, pues más bien parece un torpe autorretrato del autor. El abandono que sufre el protagonista cuando Eugenia decide no casarse con él, por mencionar una tercera manzana discordante, es tan previsible como el enamoramiento de la pareja, lleno de reflexiones sobre el amor de parte de Augusto antes que de médula emocional o penetración psicológica.

En fin, que estos ciento dos años cumplidos por la novela más famosa de Miguel de Unamuno nos dejan ver, en la relectura, su interés de prosperar en la metaficción (no en balde su admiración por la obra central de Pirandello, *Seis personajes en busca de autor*), pero los materiales, diversos y alambicados, que configuran su historia, afean el conjunto y la convierten en la más espléndida de las novelas malogradas de principios del siglo XX.

EMPOLVADA

DE ANDREA FISCHER

La mujer de cabeza cubierta espera a que dé la hora para empezar la clase. Revisa cuántos de sus alumnos han llegado, y pide en silencio que el grupo se complete, que no falte otro más. Cuando el salón se ve menos vacío, empieza su clase con los hombros tensos. Con cada niño que llega respira un poco más profundo, pero el peso de las bancas sin ocupar no se disipa. En todo caso, agradece las que sí están ocupadas, y se complace en hablar con la garganta un poco menos vacilante.

Los niños la miran en silencio mientras escribe en el pedazo de pizarrón que quedó después de la última bomba. Ya parece natural que las paredes estén empolvadas, el piso casi completamente cubierto de tierra y los escritorios que quedan, derruidos. Pudo rescatar algunas cajas de gis al día siguiente, pero prefiere no pensar en la compañera que se llevó la explosión. Los niños están, casi todos, y eso es una bendición. Más vale empujar esas imágenes a una esquina de la mente, donde no estorben al presente: hoy, en este momento, tiene que dar una clase.

Las miradas están fijas en ella mientras escribe números en la superficie verde que todavía puede usarse. El rumor de la tierra le es insoportable, pero mantiene la mano firme para poder terminar de escribir en un mismo trazo sólido. Habría que mostrar seguridad para darles un momento de tranquilidad. A ellos, que no recuerdan una Siria sin guerra. A ellos, que se merecen paz en donde no la hay. A ellos, que ya están aquí y seguirán después que sus padres. A ellos, que quizá puedan alzar una bandera blanca después de tanto tiempo.

Parece que ellos mismos omiten el hoyo de la pared. La mujer desearía que no tuvieran que hacerlo, que no fueran

conscientes de lo que está pasando. Porque es demasiado hostil, porque no es justo: porque están pagando por los intereses de otro pueblo, más allá del mar. Sin embargo, ahí los tiene a todos, y prefiere apartar el conflicto abrumador para que su sonrisa no destile tristeza. Se concentra más bien en la presencia de quince niños frente a ella, y en ella encuentra fuerza para aclararse la garganta y seguir hablando.

Acaba el día y despide a cada uno de sus alumnos por nombre. Les desea buen regreso a casa y que encuentren todo bien en sus familias. No puede ofrecerles más: cumplió con la tarea del día y se complace en decir que lo hizo bien una vez más. Sale del salón con los pies polvorientos. Se sacude la falta con cuidado y dirige el paso hacia su propia vivienda. Mientras camina, guarda dentro de sí la imagen de su clase llena y sonrío para sus adentros. Se acomoda la mascada que le cubre la cabeza y alza una oración, pidiendo que mañana pueda volver a encontrarlos a todos, y que tal vez, algún día, pueda recuperar el pizarrón que se llevó la explosión del día anterior.



OPORTUNIDAD

DE MARÍA ELENA SARMIENTO

La revista *Pretextos* literarios por escrito cumple un año. Después de meses de reclusión, voy a la estética y me alisto para el gran evento. Ya estoy preparada. Me siento confiada de que voy a decir unas palabras que dejen en claro mi orgullo de escribir aquí y de ser parte de este proyecto.

Se llena el salón. La prensa, otros escritores y el público entusiasta abarrotan los asientos. Llegan las celebridades, pero todos estamos esperando que aparezca la editora, la gran estrella de la noche.

Sé que ella es muy puntual. La busco con la mirada. Descubro una maleta apartando una silla. Sé que no debo aproximarme, pero mi cuerpo no entiende de razones. Mis piernas me acercan a ella, mis manos la abren.

Del interior, salta un pequeño hombre con los ojos muy grandes:

—¿Te querías deshacer de mí? chilla, ante la indiferencia de los demás

¡POBRE JULIA PASTRANA!

CECILIA DURÁN MENA

Premio de Relatos Asombrosos,
Centro de Eusko Etxea de Corpus Biblioteca Atahualpa Yupanqui

¡Pobre Julia Pastrana! Una mujer de físico extraordinario que se convirtió en una leyenda. Alabada por su inteligencia, modales impecables, por su gracia para el canto y para el baile. Una dama admirable que viajó por todo el mundo, ganó mucho dinero, abarrotó carpas y teatros en Nueva York, Cleveland, Londres, Leipzig, Viena y Moscú, donde finalmente murió. Era tan popular en 1860 que al morir pocos días después de dar a luz, ella y su hijo recién nacido fueron embalsamados y expuestos durante más de un siglo.

Julia dedicó su vida al espectáculo. En sus presentaciones le gustaba mostrar su rareza, se pavoneaba por los escenarios interpretando coplas en inglés y en español, era invitada de honor a los grandes bailes y galas militares. Los soldados hacían largas colas para bailar con ella. Participó en obras de teatro. Recibió y rechazó múltiples propuestas de matrimonio. Repito, fue toda una leyenda.

Y, es que con esa cara la gente no podía evitar verla. Captó todo tipo de miradas. Fueron pocos los que lograron traspasar el umbral de ese físico que anuló casi todos sus demás atributos. Por lo general, la gente acudía a sus espectáculos simplemente a contemplarla. Poco importaba si desafinaba, si olvidaba la letra de las canciones, si reía o lloraba; su cara era más que suficiente. El público la aplaudía con ojos sorprendidos, lujuriosos, morbosos, burlones y, a veces, unos cuantos mostraron lástima.

Así es el mundo de la farándula. Aún muerta siguió siendo

la atracción principal de ferias y circos en Europa. ¿Quién podría sustraerse al embrujo de ese pelo negro tan sedoso, de esa frente velluda y esa barba tan larga? En sus amplias quijadas crecieron varias filas de muelas y colmillos desordenados. Las encías eran largas, gruesas y rosadas. Debido al exceso de dientes su boca se proyectaba hacia adelante y su cara tenía apariencia de gorila. Medía un metro con treinta y siete centímetros. Una autentica mujer orangután. ¡El propio Charles Darwin al conocerla pensó que se trataba del eslabón perdido!

Cuentan que esta singular mujer nació en Ocorini, Sinaloa en el año de 1834 en el seno de una tribu de indígenas nómadas. No existe registro de su nacimiento. No hay acta, tampoco fe de bautismo. Siempre se declaró como una mujer comprometida con la fe católica. Sirvió en la casa de Don Pedro Sánchez, gobernador de Sinaloa, donde llegó niña y se fue de veinte años en busca de un mejor porvenir.

Su primera aparición como fenómeno de circo fue en 1854, en el Gothic Hall de Nueva York. ¡Pasen, pasen! ¡Vengan a ver a la mujer simio! ¡La indescrípible! ¡La especie rara! ¡La maravillosa híbrido! ¡Pasen, pasen! ¡No se la pierda! ¡La mujer más fea del mundo! Los boletos se agotaban siempre.

Dicen que Julia Pastrana disfrutó mucho la vida. Fue una mujer feliz, contenta y conforme con su situación. Orgullosa de los efectos que causaba en sus espectadores, consiguió fama y fortuna. Dicen que a esta dulce mujer le gustaba leer, cocinar, coser y viajar. Sobretodo viajar. Viajó muchísimo.

En sus giras conoció a Theodr Lent quien le propuso ser su representante y llevarla a Alemania. La sacó de la vida de los circos y la convirtió en actriz. Escribió especialmente para ella *Der curierte Meyer*, una obra de teatro de enredos en la que un hombre se enamoraba de una dama que siempre llevaba velo, cuando el pretendiente no estaba en escena, Julia se destapaba la cara mostrándosela al público que reía a carcajadas. La obra,

evidentemente, concluía en el momento en que la dama mostraba la cara al enamorado y este perdía todo el interés. La obra fue un escándalo, causó indignación a los alemanes, tanta que las autoridades cancelaron las funciones y clausuraron el teatro después de tan solo dos representaciones, sobre la base de que era una obra inmoral y obscena.

El escándalo atrajo más contratos y mucho dinero. Julia, la mujer orangután, era rica y famosa. Muchos solicitaron su mano. Ella los rechazó por pobres, ninguno de los aspirantes tenía tanto dinero como ella. Tal vez por eso Lent le pidió matrimonio en 1857. No podía poner en riesgo su mejor fuente de ingresos.

Las giras continuaron por Europa. Llegó a Austria cobijada por el éxito. En Viena se sometió a varios estudios fisiológicos. Era preciso investigar las causas que formaron un ser tan extraordinario. Un cuidadoso Lent le prohibió salir a la calle durante el día, la encerró para no arriesgar su activo más rentable, por las noches la exhibía. Una alegre vida matrimonial. En 1859, Julia Pastrana, quedó embarazada. Su vitalidad se deterioró pero el show debía continuar. Las presentaciones jamás se suspendieron, siguieron viajando por Europa. Al llegar a Moscú dio a luz a una criatura con características físicas muy similares a las de la madre. El bebe murió treinta y cinco horas después.

—Sólo te pido una cosa, Theodr. Es mi único deseo. Es el último. Quiero ser enterrada en México, junto a mi hijo, con una ceremonia católica. Te lo ruego —fueron las palabras de Julia. Cinco días después murió por complicaciones postparto.

¡Qué contrariedad! ¿A quién se le ocurre morir en el pináculo de la fama? ¡Qué camposantos ni qué nada! El show no podía parar. Lent hizo momificar a Julia y a su hijo. Se casó con otra mujer parecida a su antigua esposa y la presentó al mundo como Zenora Pastrana, hermana y tía de las momias. Con los tres montó otro espectáculo.

¡Pobre Julia Pastrana! Una sola cosa pidió. No ha podido

ser. Muerta despertó la fascinación entre los científicos de su época. La maravillosa híbrido, era el mejor ejemplo del buen salvaje, es decir, del ser que combina la animalidad por sus formas pero que cuenta con cualidades humanas: inteligencia y talento artístico. A lo mejor Charles Darwin tenía razón. Tal vez era el eslabón perdido. Los hombres de laboratorio debían analizar a este ser semibestial para determinar si de verdad tenía consciencia, alma, si realmente era humana.

Los teratólogos, aquellos que se dedican al estudio de los monstruos y que necesitan saciar sus innumerables dudas jamás darán autorización para que esos restos sean sepultados.

¡Pobre de ti, Julia Pastrana! Naciste para ser exhibida. El cuerpo de tu bebé fue parcialmente destruido por un grupo de vándalos, del resto se encargaron los ratones. Tu cuerpo, preso en un féretro, permanece resguardado bajo la vigilancia del Instituto Forense de Oslo. Eso sí, hoy sólo tienen acceso a tu cuerpo científicos que cuenten con un permiso previamente solicitado. Tu deseo, tu último deseo, no se puede realizar por motivos científicos. ¿Cómo ves? Sigues momificada. No has alcanzado llegar al sepulcro. No te permiten descansar en paz. Ya no te exhiben en circos, ferias, teatros ni galas militares. Continúas expuesta. Tu cuerpo grita: ¡Hipertrofia terminal! ¡Síndrome del hombre lobo! ¡Fibromatosis gingival! ¡Encías excesivamente carnosas! Nada que un buen dentista y depilación láser no hubieran podido remediar hoy en día. Pero... comprende, Julia. Te tienen que estudiar. No llores, Julia, no es por morbo, ni por falta de humanidad, es por motivos científicos.

Alégrate. Por lo menos tu cuerpo ya cesó su triste peregrinar. Ya acabaron las giras y los espectáculos. El gobierno noruego prohibió semejante exhibición, lo malo es que cuando te incautaron ya te faltaba un brazo. No te quejes mujer, quien sabe cuál de tus dueños anteriores se quedó con él. Es probable que algún hombre, en nombre de la ciencia te lo haya arrancado.

Mira, tienes que entender, en el siglo XXI, la fe ya es cosa de pocos, casi nadie cree en la resurrección de los muertos, ni existe una mirada religiosa para los restos humanos. Eres, en el mejor de los casos, un símbolo. Un caso histórico de racismo, de machismo, de explotación que hay que mostrar para aprender cómo eran las cosas en ese tiempo. ¿Un funeral católico? Te soy sincera, es complicado. No existen testimonios confiables de tu último y tal vez único deseo. ¿Pedir para ti una mirada de compasión? Poco factible. ¿Tú crees que haya alguien que pueda entender tu deseo? ¿Qué sienta legítima la necesidad de la paz de una tumba? Puede ser.

Lo que sí te prometo es lograr nuevas miradas para ti. ¿Quién sabe, Julia? Tal vez los ojos que recorran estos renglones serán como aquellos que te vieron en escena. Unos sorprendidos, otros morbosos, algunos empáticos. Te imaginarán bailando y cantando. Sonriente. Probablemente alguien pueda traspasar el umbral de tus defectos físicos y aprecien la valentía de una indígena que sobrepasó su condición de pobreza. Tal vez alguno logre cumplirte el deseo. Pero, te soy sincera... es difícil.

¿Entiendes, verdad?



CURSOS DE CAPACITACIÓN

en temas de:

- Alta Dirección
- Administración
- Sociedad y Humanismo
- Finanzas
- Comercialización y Logística
- Emprendimiento

INFORMES:

cduran@mirra.cc www.mirra.cc



ARCHIPIÉLAGO
Valeria Flores



ASEDIADO
Azul Cuellar



BRLN X STRTS
Jesse de Gunst



ESFERAS
Misaki Matsuda



SOMBRA
Santiago Delgado



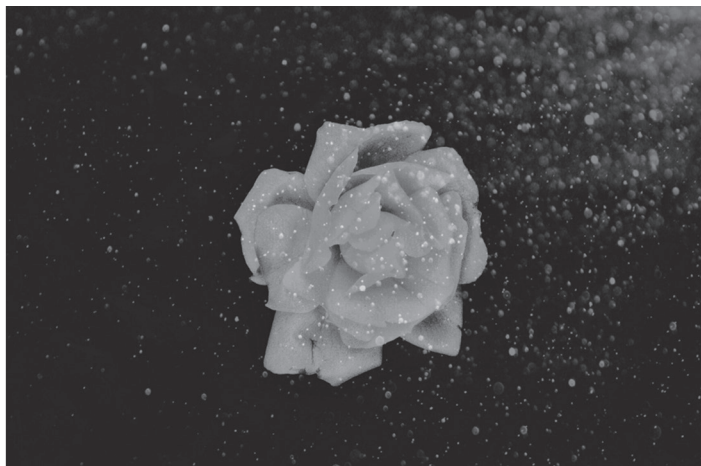
SEE THROUGH
Başak İslim



DE LA SERIE DONDE NO ES
I
Unai Mateo



DE LA SERIE DONDE NO ES
II
Unai Mateo



SHINE ON YOU CRAZY DIAMOND

Başak İslim



SILUETAS DE INVIERNO
Raúl Albright

DOS RÍOS

DE SUSANA CUÉVANO

La diosa vuelca su cántaro de plata sobre la tierra: un río de hombres fluye serpenteante, rojo y colérico. El dios vuelca su cántaro de oro sobre la tierra: un río de mujeres fluye serpenteante, azul y apacible. Siete días después, los dos ríos se juntan en una cuenca, se mezclan, se devoran mutuamente en una explosión orgásmica. De las aguas revueltas nace el dios niño, sonriente y perfecto.



¡ANÚNCIATE POR ESCRITO!

ESTE
PUEDE SER
TU ESPACIO

Contáctanos:
contacto@porescrito.org

PROSA POÉTICA

DE ALBERTO IBARROLA

Las lágrimas se deslizaron por mi rostro después de haberlas retenido en mí ser un caparazón de dolor, soledad y resistencia. Hacía tantos años que no lloraba... Mi infancia estaba helada. Los oídos se llenaban de todo tipo de sensaciones y los ojos estaban obligados a aprender a leer. Lloré en una ocasión porque se tiró todo mi pasado, mi identidad, a una mar de recuerdos inútiles. No creo que sea nada bueno estarse toda una vida sin llorar. Tampoco debe de serlo convertir la vida en un océano donde no haya animales marinos, peces, ni plantas acuáticas. Todos tenemos corazón, aunque esté escondido bajo plataformas metálicas, encerrado bajo los códigos secretos más infranqueables. Las lágrimas vienen del corazón, mas también la risa y los deseos de contemplar un mundo bello. Sensible es también quien vive el sentimiento como una fuente inagotable de placer, el placer que provoca hacer el bien a los demás, ayudarlos y ayudarse a uno mismo, hacer el bien a uno mismo. Gozar. Una vez escribí en un cuaderno de notas la palabra implacer, miré en el diccionario y vi que no estaba.

Baño de olor, de espuma. De repente, una tibia sensación de bienestar se instala en lo más profundo de la psiquis, aunque conozcamos después nuevamente la desesperación. Es la fuerza del amor. El amor es muy capaz de vencer a la crueldad y reconforta a sus víctimas hasta sanarlas por completo. Las heridas que produce la crueldad también las sana el amor; otra cosa son las cicatrices. En el amor participan cuatro entes: dos cuerpos y dos almas; de las bocas, de donde vienen los besos, no se sabe muy bien si pertenecen al cuerpo al alma o, quizás, en el beso, forman un nuevo ente, con lo que tenemos un sexteto. Está claro que todos los indicios apuntan a que el amor es algo que se comparte. Quizás, es un recuerdo lo que le motiva; quizás, es el recuerdo del amor de... ¡ah!, pero es que entonces no se está solo, y se comparte.

La risa nerviosa de las tensiones que la noche proporciona hace tiempo que desapareció de mi mirada. Si tiemblo, será por otras razones. Buscaba una risa intemporal, una risa de la que

carecía. Fue haciendo el amor contigo, mujer, como, tras vivir un sueño, conocí una risa que no tenía final, en la que no se calibraba nada que no fuera responder al dolor que la había impelido durante largos años. Tú también te reías. Me enseñaste a reír. Estábamos juntos. Desnudos. Me tumbé boca arriba sobre la cama deshecha y abrí mis brazos. Te miraba a ti, miraba al techo, cerraba los ojos y gozaba de aquella energía y de aquel movimiento de mi cuerpo que, paradójicamente, no lo sentía ni involuntario ni, mucho menos, compulsivo, sino controlado aunque libre, como si fuese energía viva que me perteneciese o que yo dirigiese. La risa no se marchó. Se quedó allí, con nosotros. Posteriormente, la seriedad ha sido menos dolorosa.



VISITAS

DE CINTIA NEVE

Él y su Hija, mi Amiga y yo decidimos visitar a la Regente. Su casa es enorme y está muy descuidada. Tiene tres pequeñas muñecas: una rubia, una pelirroja, una morena. Todas son especiales y hay más en el patio.

El patio techado huele muy mal y está lleno de cosas abandonadas: un microondas destartado que funciona echando chispas, una moto pegada a un teléfono, tres filas de bancos de cine antiguos, una cubeta con agua estancada de donde sale el mal olor y una biblioteca que ocupa una pared completa de piso a techo.

Quiero cambiar el agua para que no huela horrible pero tengo que mover la moto- teléfono. También hay otra muñeca rubia, delgada, tamaño huérfano humano. *Por favor no me dejes sola, trae a las otras muñecas aquí. Sólo así, juntas, no seremos destruidas.*

La Regente trata de impedir que esas muñecas se junten mientras yo doy vueltas por la casa buscando la forma de llevarlas al patio cerrado.

El patio cerrado da a un jardín abierto donde hacemos un picnic. Llegaron mis sobrinos y muchos niños a jugar. Está también el amigo de Él, y su Hija. Nos sentamos alrededor del mantel y vemos un partido de béisbol. Empieza a perder nuestro equipo y todo se oscurece. Cuando hace un gol se aclara.

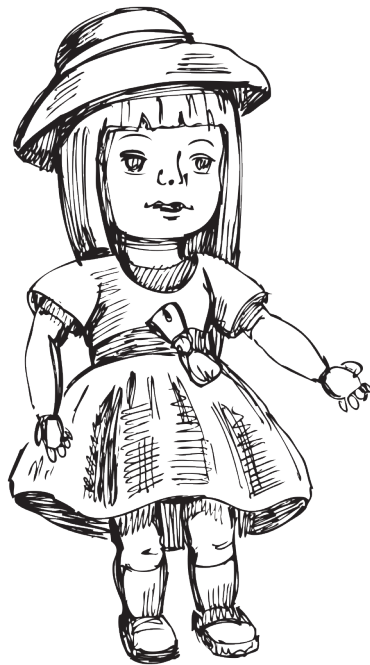
Me tiro al pasto y veo el cielo azulísimo entre las hojas de los árboles; casi puedo respirar su belleza. Cuando oscurece digo en voz alta: Voy a buscar las muñecas y Él dice ajá, sí, te vas a comprometer después de tantos años, recién ahora. Le digo: Tengo que ir por las muñecas, ya verás lo que pasa.

Cuando vuelvo con ellas, dos personas intentan quitármelas. Uno de ellos, un hombre panzón y pelirrojo, trata de engañarme para arrebatármelas. Me quita una pero logro recuperarla. La Regente me quita la otra, la recupero también y todo comienza a volverse mecánico.

Un pájaro se transforma en un juguete. La casa se empieza a cerrar. Las persianas se bajan con violencia. Las puertas

nos enclaustran. Y Él, evidentemente asustado, pregunta: ¿Qué pasa? Le digo, ¿no te das cuenta? La casa es la que está haciendo esto.

¿Y los chicos? pregunto, ¿se quedaron adentro? ¿Dónde están? Y Él responde: ¿de qué chicos hablas?



AYOTZINAPA

DE GABRIEL RAMOS

Cada noche veo a mis padres desesperados. Les hablo y no me contestan, solo se miran entre ellos mientras los perros del vecindario me ladran. Después se van llorando por el mismo camino.



ESTELA CANTO: EL OTOÑO SE HA FUGADO DE NUEVO

DE OMAR GONZÁLEZ

Serena,
la eternidad espera en la encrucijada de estrellas.
Jorge Luis Borges, *Un patio*

El otoño es puntual. Cada año anuncia su llegada antecedida por los estertores hirvientes del verano que se va; con el líquido alud que escapa de los cántaros rotos inundando la ciudad de aguas estancadas con sus rituales de vapor y humedad, heraldos del viento que vendrá puntual e insumiso.

Luego, cuando a mediados de septiembre el viento baja del este y gire a contramano en las esquinas barriéndolas con hojas que imitan el ocre desvaído y el icterico envés de las hojas muertas, volverá a sonar en la copa de los árboles una música atrocemente melancólica y será de nuevo tiempo propicio para volver a pensar en Estela Canto.

¿Quién eres tú Estela Canto? Soy una desclasada, si le preguntas a Leonor Acevedo; soy la mujer que leyó al aire, en la radio, obviando las efemérides del día de la fecha, Un patio; soy la hermana de Patricio Canto y soy quien habrá de esperar, entre tragos de whisky, su propia muerte... Mi último ejercicio de libertad.

Soy la mujer que ganó dos premios literarios con un mismo libro y la escritora que frecuentaba, más por mi hermano que por mí misma, la casa de los Bioy: Adolfo y Silvina. Soy la autora a la que presentó con toda su autoridad Victoria Ocampo y también la mujer que no le terminó nunca de agradar. Soy una mujer que debe ser olvidada.

Soy la destinataria del Aleph, su inspiradora, su recipiendaria y su vendedora; soy, sin duda, Beatriz Viterbo y estoy muerta desde “La candente mañana de febrero... [en que] después de una imperiosa agonía que no se bajó ni un solo día al sentimentalismo ni al miedo... [alguien notó que] habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios...”.

Dicen también que soy una filocomunista; que he bailado por pieza en dos o tres ocasiones con algunos hombres que, aseguran, habrían querido intimar conmigo

algo más que sus torpes pasos en un bolero, un tango, un pasodoble.

Soy también una mujer que camina por esta ciudad de largas avenidas y calles mal iluminadas; la misma ciudad de parques, tranvías y esquinas chatas; esta ciudad de barrios, parras serenas y aljibes que a veces brindan una media sombra sobre patios silenciosos, inertes, vacíos. Soy historia, suma de instantes, el instante mismo, el haz y el envés; la voz y el silencio. Soy historia. Y también olvido.

Soy una mujer que ve películas rusas y que habla inglés, soy una traductora impecable; que lo mismo puede beber un Campari que un té; que usa modestos trajes sastre; soy una mujer de huesos frágiles, soy una mujer que puede sentir frío; desear, amar y arder en llamas. Puedo ser deseada y amada; la mujer que puede inspirar a un hombre, incluso al más torpe, al menos experimentado; al más terrenal y al mayor de los místicos. Soy liberal, discípula de Shaw. Soy virtud, soy pecado.

Soy la mujer que morirá un sábado lluvioso; la que abrigará en sus ojos un brillo lejano; soy las manos que mueven el caleidoscopio; las manos que escriben, el cuerpo que ama. Soy este cigarrillo que se consume y el licor de malta o madera que devasta mi esófago. Soy la mujer que amó a un espía y a la que amó el escritor de letra menuda que siempre tenía un pañuelo en su diestra y una cita en los labios. Soy Estela Canto, soy escritora. Fui historia, soy olvido. Soy Mujer.

El otoño es puntual. El viento se cuela por la rendija de una ventana mal cerrada y la lluvia se instala en infinitos charcos frente el ventanal abierto de par en par.

La mujer de huesos frágiles y hombros aristocráticos apenas tocados por la noche absoluta de su cabello pide otro whisky. De la copa de los árboles se desprende la voz atrocemente melancólica de Ella Fitzgerald.

Recostada sobre el sofá ajado, Estela Canto recupera su sonrisa de Gioconda y el movimiento preciso del caballo sobre el tablero de ajedrez; trazada su efigie por la media luz de una lámpara imprecisa, pide, con voz lejana, sedosa, tibia como una caricia: Dime más de mí, dime más de la Estela Canto que fui; cuéntame más... No quiero ser historia... No quiero ser olvido... La abrazo. La voz de Ella se vierte en Misty y nos envuelve. La luna corona nuestros pasos... Bailamos unánimes y melancólicos... El otoño de nuevo se ha fugado.

EN UN BAR

DE JUAN SEBASTIÁN SABOGAL PARRA

El salón estaba abarrotado de gente. Intenté buscar una mesa alejada de la multitud, pero era imposible: a cada lugar donde dirigía la mirada había grupos, hablando, bebiendo, riendo y bailando. Ubiqué una silla frente a la barra —era suficiente. Me senté y observé al barman moviéndose de un lado al otro, con agilidad, una ésa que tal vez sólo se obtiene en ese empleo. Sus manos se multiplicaban preparando veinte o treinta tragos al tiempo, mientras las manos de los clientes, afanosas por recibir alcohol, lo presionaban pidiendo más y más bebida. Observé por un largo tiempo la escena, hasta que mis ojos perdieron todo enfoque y sólo me mantenía allí, estático; de repente oí una voz.

—¿Qué quiere, hombre?

—Deme una cerveza —palpé mi billetera y añadí—. La más barata que tenga.

—Ahí va —me señaló con la mano que costaba dos dólares.

Saqué el dinero, se lo di y ya tenía frente a mí una botella. La observé por un momento: pequeñas gotas descendían lentamente por su cuerpo; acerqué mi mano y la agarré, estaba realmente fría, bebí un trago y la coloqué de vuelta sobre el círculo de agua que había dejado. Tomé otro un poco más largo y la regresé a su lugar —aún quedaba un poco en la botella. Levanté la mano y pedí otra antes de terminarla. Llevé a cabo el mismo proceso: saqué el dinero, observé la botella y seguí bebiendo.

—¡Vaya mierda de música!

—Es lo que les gusta. ¿Quieres otra?

Es cierto, él tenía razón, ¿qué podría saber yo de música? La gente parecía feliz, saltaban, gritaban, sonreían sin detenerse. La música no era problema alguno para ellos, y para mí, no representaba nada mientras tuviera una cerveza en la mano. Dejé pasar esa molestia y me concentré en la bebida.

Había bebido más de diez cervezas, la billetera se fue adelgazando a medida que el tiempo pasaba y comenzaba a

sentirme mareado. Giré la cabeza un poco para comprobarlo. Al hacerlo, noté que entre la imagen borrosa que mis ojos enviaban al cerebro, una mirada se posaba sobre mí. Repetí el movimiento y lo confirmé, una chica me observaba detenidamente desde el fondo del bar. Únicamente lograba ver sus ojos en medio de aquel mar de gente, unos ojos brillantes en medio de la relativa oscuridad del lugar, le di la espalda, pero sentía de todas formas la fuerza de su mirada sobre mí.

—Ya casi es hora. ¿Deseas otra?

—Sí, está bien.

Continué bebiendo, no quería hacer nada más. El tiempo pasaba y su mirada continuaba allí, sobre mi espalda, observándome fijamente como si fuese un objeto desconocido e interesante. Me giré nuevamente, esta vez con mayor dificultad, estaba algo más ebrio, mucho más ebrio, y allí continuaba, ella, observándome fijamente, sus ojos continuaban siendo una diminuta luz en el fondo del bar. Bebí la poca cerveza que aún quedaba en mi botella. Intenté ponerme en pie, me giré y sus ojos se mantenían firmes, justo en ese momento se puso en pie, comenzó a acercarse, sentí miedo, no tenía claro que hacer y el alcohol en mis venas dificultaba mi movilidad.

—¡5!, ¡4!, ¡3!... —gritaban todos en conjunto— ¡2!, ¡1!...
¡Feliz Año!

Todos se levantaron al mismo tiempo, saltaban y gritaban, se abrazaban unos con otros, vi a la mujer que aún se acercaba, con mucha dificultad, intentaba abrirse paso entre la multitud eufórica. Observé la salida, comencé a dar pasos hacia la puerta, pasos lentos y débiles. Atrás quedaron los gritos, la música, el trago y aquella penetrante mirada. El frío de la calle hacía temblar los huesos. Metí mis manos en el abrigo y caminé tambaleándome hacia casa.

—¿Un año más? ¿Un año menos?... no lo sé, ¡a quién le importa!

TRES PARTES

DE ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ

I

Se sentía tan cansada que dejó de pensar. Tomó un libro sucio de tapas desapacibles y se abandonó a una lectura que sin duda suponía reconfortante. La piel de sus labios resecos disfrutaba el chasquido incesante de la lengua de la mujer que, en el texto, besaba húmedamente a sus amantes como quien moja apenas una servilleta en el néctar anémico de una devoción endeble.

II

Se quedó dormida con los brazos colgando fuera del sillón, las manos abiertas al asombro nocturno, el índice de una de ellas estirado para sostener el hilo de su sueño pendular, petrificado en el hipnotismo de la desilusión: la novela la aburrió profundamente.

III

A las cuatro de la madrugada se despertó para leer, ya sin ninguna esperanza, el último capítulo. Todavía creyó que un puñal agazapado podía hurtarle a la noche alguna sorpresa digna de Cortázar. No fue así; no murió acuchillada por su novio celoso o por un hijo de vecina. Sin embargo, el mundo se partió en tres segmentos iguales desde esa noche: el primero, el de su vida de viuda desolada; el segundo, el de la disolución definitiva de su gusto por leer a deshoras; el tercero, el del protocolo del sueño, que nunca volvería a ser el río sosegado del principio. A partir de esa noche, la línea divisoria que separa a la mujer de un hombre, un libro o un descanso reparador, la dejó al borde de sí misma para siempre.

CERA

DE ANDREA FISCHER

I

En el funeral de Ícaro, un hombre se desbarata en llanto con los brazos llenos de cera. Se cubre la cara con las manos, intentando recuperar algo del viento que se llevó a su hijo entre olas que ya no están. Con aspavientos violentos se llena los pulmones, y suelta con suspiros entrecortados un aliento que quisiera ser el último, y que no logra terminar.

Una mujer lo mira con lástima.

II

No hay nadie más en el entierro: ni siquiera está el cuerpo. Es un momento para el padre, que desbordado en congoja, busca a su hijo en la tierra recién removida. Debajo de las sandalias siente todavía el peso del oleaje, y el laberinto que alzó antaño le desmorona los hombros.

III

Piedra: la que usó antes para complacer al monarca y la que usa ahora para labrar el nombre de su hijo. Ni el mar se lo impide: disfruta de su soledad lapidaria en presencia de los desconocidos que barren su silueta con la mirada. Fue arquitecto, y ahora es parte del polvo inconveniente de la estructura social que abandonó por trabajo.

Piedra. Piedra sus labios resecos. Piedra sus manos inmóviles sobre su rostro. Piedra la pérdida.

Piedras sus ojos.

IV

El hombre de los brazos de cera se alza impoluto sobre el recuerdo de su hijo. Tiene las piernas fuertes y la túnica salada, como raspada apenas por las crestas del mar barbado. Se le arquea la espalda y los hombros se le colapsan, inevitables. Recuerda los gritos. Recuerda las advertencias. Recuerda las olas. Y piensa ahora que fue en vano, y que el mar no lo regresa todo.

Es el silencio y su silencio, y nada más.

V

El sol se pone sobre su rostro partido. Ha bajado las manos ya, como si estuviese en sincronía con las nubes que lo sobrevuelan. No tienen duelo más que el de volverse vapor y regresar a las aguas. Él sí. Se le quiebran los párpados en un llanto que expiró hace mucho, pero que resuena aún entre sus pestañas húmedas.

VI

Y es que el sol es el mismo. Es igual de incandescente, igual de lastimero: puede sentirlo en la cera seca de sus brazos. Hierve sobre su piel con el furor sutil de las últimas horas de luz, que lacera en un nivel más esencial, más específico y más profundo.

Huele a quemado.

Huele a sal.

Y tal vez es su sudor. Y tal vez es la cera de las alas que tiró en el muelle.

Y tal vez, sólo tal vez, sean las lágrimas de su hijo, confundidas, en su último aliento, que regresan a él con el olor a sal.

VII

Un ardor le invade el pecho lentamente. Es el ritmo acompasado entre sus costillas el que acentúa el grito creciente de su interior. El naranja maquinal del sol le estría la cara y hace que apriete los dientes. Las hordas de gente se escabullen entre las sombras que se alargan, y pareciera que el ruido tumultuoso empieza a ceder.

Le arden los párpados cerrados y se le aprieta el nudo de la garganta.

VIII

No hay mujer, no hay vino, no hay nave que le devuelva la tranquilidad. Le duele ya la espalda de tanto verterla al piso, pero no logra enderezarse. Su caja torácica se expande con la angustia que se le enreda en los pulmones, y sabe que no puede llorar más: la sal puede más que todas las aguas. El luto lo atrapa y siente la asfixia de la soledad.

Y entonces, la luz se apaga.

IX

Las nubes se expanden sobre el puerto desierto. Las velas han caído ya, y la brisa de la mañana se ha convertido en un soplo mortuario

que eriza la piel. Pero no la suya: está cubierta de cera, aislada de la realidad con una barrera accidental que no le permite sentir nada más.

X

Ya no hay sol, no hay lluvia, y lo único que queda es la arena quebradiza debajo de sus pies. Perdió ya las sandalias, pensando en que ya no habría más camino que recorrer, y decidió mejor andar descalzo: sería su único contacto con el mundo, pues el resto de su cuerpo está cubierto. Camina, y siente cómo se hunde un poquito con cada zancada que da. Piensa en sus alas, y recuerda también la prisión que edificó sobre sí mismo: un laberinto indescifrable, que parece volver de entre los escombros de la playa. Recuerda las paredes macizas y altas, que ahora se le presentan como lápidas grabadas.

XI

Ícaro, Ícaro, Ícaro. Así leen todas. Lo rodean, y la noche parece todavía más oscura. Ícaro. El azul del cielo se vuelve al negro. Ícaro. Las embarcaciones colapsan y se entierran en la orilla. Ícaro. Las aves nocturnas se burlan en su cara: ellas sí tienen alas, Í-í-í, y no tienen que pegar sus plumas con cera. Í-í-í-í. Toman vuelo. Í-í-ícar. Ícar-ícar. Siluetas en el cielo. Ícaro.

Hijo mío.

XII

Todo es de piedra: los árboles, laberintos, los lodazales, Ícaro, los caminos de arena, mi hijo. Todo es de cera. Se mueve una silueta en la oscuridad, sin rumbo, sin espacio, sin tiempo: se mueve casi abstracto en un mundo que ya no le pertenece, que ya no tiene forma, que ya no tiene vida.

No vuelés tan alto, hijo mío.

XIII

Escucha las olas estrellarse contra sus pies. Huye del mar, y no se da cuenta de que está corriendo hacia él. Ícaro, Ícaro, Ícaro. Las formas rígidas de las olas lo devuelven al laberinto. No-vuelés-tan-alto. La fuerza de la corriente lo avienta a la costa nuevamente. Aléjate del mar. Está de espaldas a las olas, y la marea lo tira contra la arena. Vuela conmigo. Se levanta, y corre sin saber a dónde.

¿En dónde estás, hijo mío?

XIV

Las olas son lápidas grabadas. La marea no se mueve. El mar es estático. Samos, Delos y Lebintos: ninguna es tan férrea, ninguna es tan rígida. Ésas sí se pudieron volar. Fue el cielo, fue el viento, y ahora, está tirado en el suelo. Hay que colgar las alas. Hay que quitar la arena. Hay que quitar las olas: bóvedas azules le recubren la mirada.

Y en medio de su laberinto de sombras, una luz blanca le toca la espalda.

XV

Se levanta, y se da cuenta de que la cera de sus brazos se ha desvanecido. Las piernas le flaquean, la garganta le molesta y los huesos no le obedecen. Siente el paso apacible de la espuma sobre los dedos de sus pies, y mira en torno suyo: ya no hay lápidas.

XVI

Se quita la arena de la cara y piensa en piedra: en una evolución a templo, en una conversión de alas a incienso, sacrificios blancos para almas blancas. Sin laberintos. Sin mordazas de sal. Sin mortajas.

XVII

Se aleja del puerto y mira al cielo estrellado. Suspira en silencio, y sigue su camino. Cierra los ojos. Justo en ese momento, una silueta alada cruza el firmamento.

No vio nada, y pudo llevar su luto en paz.

Cera.

CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
Cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer Durán
Andrea@porescrito.org

Diseño Editorial

Oh la lab! Laboratorio Creativo S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Valeria Flores

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número Cinco. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.